



Estampa toledana

Navarro Ledesma

No ha muchos días, unos visitantes nuestros hispanoamericanos, al pasar por la céntrica calle de Navarro Ledesma, le preguntaron al guía ¿y este Navarro Ledesma, quién fué?: a lo que fueron contestados con un encogimiento de hombros significativo de su desconocimiento.

Por tener la seguridad de que si esta pregunta se hiciese a muchos toledanos, posiblemente tuviera idéntica contestación, bueno será hacer un ligero bosquejo de su biografía.

Nacido en Toledo en el año 1869, murió, repentinamente, de un ataque cardíaco, en Madrid, en el año 1905. Muy joven, a los 19 años, después de cursar la carrera de filosofía y letras, oposita e ingresa en el cuerpo de Archiveros y es nombrado Jefe del Museo Arqueológico de ésta, su ciudad natal, donde, en los 10 años que permaneció en su cargo, por su gran amor al estudio y poderosa retentiva, llega a adquirir

una erudición extraordinaria que le lleva a buscar todos los caminos de la cultura, llegando a dominar gran parte de las lenguas vivas y de las muertas, diciéndose que el latín y el griego le fueron habituales, manejándolos con tanta soltura como el castellano.

A los 29 años consigue un ruidoso triunfo opositando y ganando la cátedra de retórica del Instituto de San Isidro, a la que concurren prestigios de renombre, por lo que traslada su residencia a Madrid; aunque, toledano cien por cien, nunca olvida a la ciudad que le viera nacer y a ella dedica, siempre que para ello se presenta ocasión, lo mejor de sus recuerdos, ya que Navarro Ledesma fué de los que más adentrados e identificados estuvieron con su patria chica, siendo uno de sus mejores guías, y para Barrés, en sus andanzas y correrías por nuestras calles, fué su acompañante preferido.

De polifacético saber, de imaginación desbordante, inquieto y luchador, agudo crítico e inspirado poeta, crearon el clima apropiado para que produjera obras de arte, didácticas y eruditas, de fuerte y recia originalidad. En la prensa, su labor fué fecundísima, y ya en Toledo fundó un semanario titulado «El Heraldo», que vivió poco tiempo. En Madrid, colaboró asiduamente en el «Imparcial» y el «ABC», nacido poco antes de él morir. Asimismo lo hizo en revistas del prestigio de «Blanco y Negro», la «Ilustración Española», la «Iberoamericana», el «Nuevo Mundo» y otras de categoría que solicitan su colaboración por lo prestigiado de su firma. Con Royo Villanova es cofundador del «Gedeón», la revista satírica de más fino humor que quizá hayamos tenido en España en lo que va de siglo.

Asiduo concurrente al Ateneo, pronuncia sonadas conferencias y es, durante algún tiempo, presidente de su sección de literatura. Escribe, a decir de los entendidos, el mejor libro de enseñanza, en su especialidad, titulado «Lecciones de literatura general», y escribe, terminándolo poco antes de su muerte, la biografía novelada de Miguel de Cervantes, lo mejor, en su época, de lo conocido hasta entonces de la vida del glorioso manco y en cuya obra desliza algunos juicios que pecan de parciales.

Y este fué el toledano Francisco Navarro y Ledesma, que murió prematuramente, por allá por la mitad de su vida, y que de haber vivido otro tanto, es indudable que hubiera dejado muchas pruebas de su raro y diverso saber, y como además de todo eso fué un exaltado y concienzudo panegirista de Toledo, para nosotros, sólo este motivo, bastaría para que le profesáramos nuestra más devota admiración.

RAFAEL BRUN